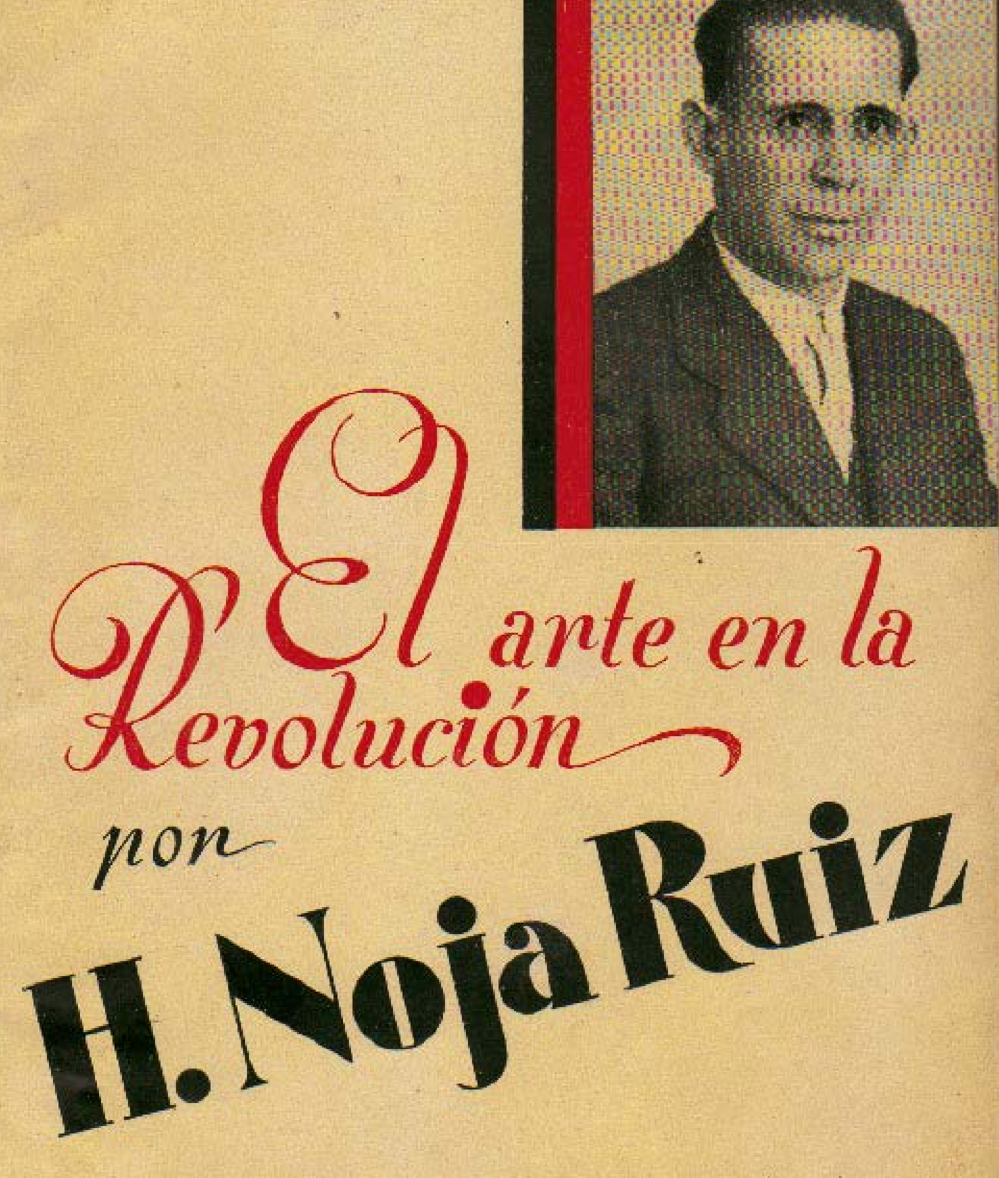


El arte en la Revolución

por

H. Noja Ruiz

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CINE COLISEUM DE BARCELONA EL DIA 21 DE MARZO DE 1937

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI

El arte en la Revolución

Compañeros:

Son muchas las causas que contribuyen a que yo me sienta hoy un poco cohibido. En primer lugar, la índole y la capacidad de los oradores que me han precedido en esta tribuna y en este ciclo de conferencias. Después mi falta de costumbre de hablar en público y mi carencia de dotes y condiciones de orador, y por último, porque el tema que tenía que desarrollar aquí era un tema de Economía.

En principio quedé con los compañeros de las Oficinas de Propaganda C. N. T. - F. A. I., en que explicaríamos una conferencia sobre arte revolucionario. Parecía más adecuado y convenía por estar más dentro del momento que vivimos, una disertación sobre Economía, y así lo convinimos. Pero ayer observé con sorpresa que el tema a desarrollar era: "El Arte en la Revolución".

Naturalmente, estas conferencias no se improvisan. Es preciso para hacer las cosas seriamente, documentarse, y yo, pensando que habría de ocuparme de esta disciplina, no lo he hecho. Por eso habré de hablar del Arte de una manera general, sin sujetarme a cronologías y sin citar muchos nombres de artistas con la expresión de la escuela a que pertenecieron. Por eso os ruego atendáis más a lo que diga que a la forma en que me exprese.

Dicho esto, que consideraba indispensable, entremos en el tema de la conferencia.

El Arte, y tal vez sea inoportuno ocuparse de él en momentos como los actuales, se define de forma exclusivamente personal, pues no hay dos personas que lo definan del mismo modo. Así, cada tratadista da de él una definición distinta a la de los que le precedieron. Hay un extremo, sin embargo, en el cual la mayoría coincide. El de convenir en que el Arte es la expresión de la belleza.

Aun esta definición es contradictoria. Bastará meditar un momento para verlo a toda luz. El sentimiento de la belleza reside en el hombre como el principio de la vida. Lo bello nos atrae a todos con irresistible fuerza. Pero el concepto de la belleza es uniforme, no es idéntico en todos los hombres. Se halla sujeto a las condiciones temperamen-

tales, a resabios de educación, a las especiales características del medio en que el individuo vive, a una serie de factores de todo orden que es forzoso tener en cuenta si deseamos juzgar con buena sindéresis.

No concibe la belleza del mismo modo el natural de las regiones norteñas que el indígena del Mediodía. No la puede concebir lo mismo el individuo que vive en el desierto de Sahara que el que habita en la huerta levantina. Para el componente de la tribu nómada del Sahara, la belleza se halla simbolizada en el fresco oasis y va de ordinario asociada al arroyuelo cantarín que lleva su rumor, su frescura, su ritmo y su vida al trozo de vegetación que representa en el desierto una especie de remanso en el que pueden mitigarse las fatigas y las angustias que proporcionan las agotadoras caminatas bajo un sol de fuego, entre dunas resecas y calcinados arenales, en medio de la monotonía del paisaje peculiar a la desolada región en la cual no se admira la gaya nota de color de una planta, ni se oye el melodioso trinar de un pajarillo. En cambio, para los naturales de regiones como Bergen, donde llueve trescientos días al año, no puede tener la belleza el mismo motivo simbólico. Es que cada cual concibe la belleza de un modo especial que se halla subordinado a los factores a que yo aludía anteriormente.

Esta particularidad quizá explique mejor que todos los argumentos el porqué de las numerosas definiciones contradictorias de la palabra Arte. En cuanto se trata de analizar, es lógico que cada uno enjuicie el tema desde su especial punto de vista y, si hace aportaciones propias, forzosamente ha de producirse en oposición con los que antes que él disertaron sobre el mismo tema.

El sentido de lo bello late en todos los hombres con mayor o menor intensidad, pero el concepto de la belleza varía según la educación que se ha recibido, según el ambiente y según las condiciones climatológicas y topográficas del país en que se vive. Es también, y no en escasa medida, un problema de cultura. De ahí que sea tan difícil, por no decir imposible, hacer una definición concreta de la palabra Arte que satisfaga a todos. Se pueden emitir opiniones personales más o menos acertadas, pero de ningún modo definir de forma que a todos convenza.

Suele decirse que el Arte es la expresión de la belleza. Puede ser. Mas no siempre se inspira el artista en lo que según los cánones clásicos reúne las características de lo bello. No son pocos los artistas que han hecho verdadera obra de Arte copiando lo monstruoso. Recuérdese a este respecto el Cuasimodo, de Víctor Hugo; el Gwimpliane, de "El hombre que ríe", Han de Islandia y tantos otros tipos de que está plagada la literatura universal. Recuérdense también los tipos defectuosos que han servido a pintores y escultores de todas

las épocas para representar lo horrible. La obra puede ser una maravilla de ejecución siendo el motivo temático y el motivo inspirador sencillamente monstruoso, y ello prueba que no siempre es el Arte la expresión de lo bello.

A nuestro juicio, el Arte verdadero es el que copia con fidelidad su época sin dejar por eso de otear el futuro. Estamos de acuerdo con quienes sostienen que el individuo es la correspondencia con su medio. Entendemos que no piensa ni siente lo mismo el habitante de las tierras altas y de los paisajes montañosos que el natural de los valles jugosos, que no se produce lo mismo el que nació y vivió en las zonas esteparias de las mesetas que el que tuvo la dicha de nacer y vivir en las tierras jugosas del litoral. Existe una gran diferencia entre el modo de concebir la vida el groenlandés y la manera de concebirla el natural de los trópicos. Cada modificación seria que se produce en la vida de los pueblos corresponde a una modificación de las condiciones del medio.

En realidad no somos sino el resultado de la adición de infinitos sumandos que van formando y depurando nuestra personalidad. Estamos sujetos a las condiciones del clima en que vivimos y reaccionamos de conformidad con las ideas predominantes en nuestro tiempo. El artista que no es un ser de naturaleza distinta a la del resto de sus contemporáneos aunque posea una sensibilidad más fina, se halla también subordinado a esta ley general. Y al realizar su obra, si ésta es sincera y equilibrada, es forzoso que refleje su tiempo y dé forma a cuanto le sugieren las costumbres y las ideas y creencias que dan fisonomía a ese conjunto étnico en que vive y que sirven de pasto espiritual a sus connaturales.

No vamos a incurrir en el error de sostener que nuestro criterio es el más acertado ni pretendemos hacer una definición más del concepto Arte. Exponemos un criterio y procuraremos razonar sus fundamentos.

Decíamos que el artista que de tal se preciara, debía reflejar en su obra las características esenciales de su época. Tan cierto es esto, que no podemos comprender el legado artístico de pretéritas generaciones sin tener muy presente las particularidades del medio en que la obra se forió. El artista se conduce de ordinario y sin proponérselo deliberadamente de modo que su obra o lo que su obra tiene de valioso, sirva después de documento histórico. La obra de Arte va jalonando el camino que la Humanidad sigue desde su remoto albor. En literatura, por ejemplo, nada nos hace comprender mejor las civilizaciones antiguas que las obras que nos legaron los escritores y poetas más preclaros. Grecia, la Hélade esplendorosa, nos es más conocida por los poemas de Homero que por las disertaciones históricas. La Roma de la decadencia se halla mejor que en ninguna otra

obra reflejada en "El Satiricón", atribuído a Petronio. Las ideas predominantes en la antigua patria de los Faraones, nos son conocidas por las obras poéticas de la época. En las demás artes sucede tres cuartos de lo propio. Poco conoceríamos del antiguo Egipto sin sus monumentos funerarios, sus pirámides y sus soberbios hipogeos. Insuficiente y deficientísimo sería nuestro conocimiento de la Grecia inmortal de su siglo de esplendores, sin los mármoles armoniosos tallados por sus artistas insuperables. La misma Roma nos ha dejado las mejores muestras de su espíritu bárbaro, en sus arcos de triunfo, en sus tallas y en sus monumentos.

Pero esto no hubiera sido posible si el artista no hubiese reflejado en su obra las costumbres, los sentimientos y las ideas predominantes en la época en que vivió.

El ambiente influye en el Arte. Ni el mismo genio puede esquivar la tiranía de esa ley general.

Cuando recorremos esos almacenes de obras de Arte que son los Museos, inmediatamente percibimos la sensación neta de hallarnos en un mundo aparte. Allí se han ido coleccionando las reproducciones de los artistas, si no seleccionadas con acierto, de modo que den una idea general de su modo peculiar de hacer. El contemplador que no va en plan de turista, el que va a ver con sus propios ojos, no tardará en darse cuenta de que allí se halla condensada toda la historia interesantísima del progreso humano. Aquellas obras, no siempre bien clasificadas, expresan de modo certero las diversas etapas que el hombre ha recorrido a través del tiempo y las facetas más interesantes del proceso general de la cultura.

La gracia alada de Grecia se ve latir con potente lozanía en la obra de sus genios inmortales. Pueblo de amadores y artistas que rindió tributo de adoración sobre todas las cosas de este Mundo a la belleza armoniosa, ponderada y serena, sus creaciones artísticas llevan en sí el poderoso aliento de esa adoración. Discóbolos, Venus, Apolos, Bajos relieves que son una maravilla, grupos escultóricos que representan al ser humano en las actitudes más diversas sin que jamás deje de destacar la suprema belleza de que todos eran admiradores y cultores felices. El pueblo que supo crear tales maravillas debía ser forzosamente un pueblo enamorado de la luz, de la vida al aire libre que, al par que fortifica y perfecciona el cuerpo, da a las ideas bondad y a los sentimientos orientación certera. Gracia, delicadeza, fuerza, proporcionalidad, majestad de la figura humana. Ningún pueblo ha podido superar la obra artística del pueblo griego. Después de veinte siglos de ser admiradas, aun se contemplan con asombro sus prodigiosas creaciones. Y estas creaciones sólo podían encontrar ambiente propicio en un medio en el cual la preocupación general era corregir por el ejer-

cicio, por la gimnasia y por la rítmica, las imperfecciones física y en el cual todo se orientaba hacia la concreción en realidades vivas del ideal de la perfecta belleza. Los mármoles de Grecia nos hablan de un pueblo enamorado de lo bello y armonioso y entregado por entero a la sana alegría de vivir. Y se comprende bien que el país ofrezca líneas suaves, un cielo limpiamente azul, un mar luminoso y despejado. Sólo en un ambiente de esa naturaleza se puede dar vida a tan nobles ideales.

Por contraste, en los monumentos y obras de Arte que nos legó la Roma de ayer, se advierte en seguida el culto a la fuerza de aquellos guerreros rudos que llevaron a todo el Mundo conocido sus victoriosas legiones que sembraban por doquier la muerte y la destrucción, esclavizaban a los vencidos y arramblaban con cuanto constituía el tesoro artístico de los pueblos por donde pasaban, empujados por el furioso torbellino de la guerra.

La Edad Media, época del predominio de la Iglesia triunfante, se ve asimismo reflejada en la obra de los artistas de entonces. Catedrales e iglesias soberbias que desafían a los siglos y en las cuales se ve todo lo que de sombrío y negativo ofrece la doctrina del galileo que murió en la cruz sin gallardía. Pinturas y esculturas de santos y de primates de la Iglesia. Almas corporificadas que soportan el suplicio de las llamas eternas a las cuales las condenara el dios implacable del catolicismo. Todo lo que de sombrío y tétrico ofrece el medievismo, se ve perfectamente reflejado a través de las obras de Arte de la época. No es religiosidad, es fanatismo y superstición, es odio a la vida, odio implacable a la carne y sobre todo al sexo, generador de vidas nuevas y fuente de fortísimos placeres. La noche eterna de la Edad Media, con sus terrores y renunciaciones, vibra sonora, con sonoridades extrañas, en toda la producción artística de entonces.

El Renacimiento, sonrisa de luz, despuntar de una aurora, se manifiesta igualmente en el Arte. Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, Tizziano, Benvenuto Cellini... Resucita Grecia. Buonarroti lleva al mármol una vibración desconocida, triunfante como un estremecimiento de vida. Sus esculturas tienen un vigor y una belleza deslumbradora. "La Piedad", "Moisés", "David". Sus pinturas que decoran la Capilla Sixtina, llevan el mismo aliento vigoroso y el mismo sello de energía arrolladora. Es una fuerza enteramente primitiva, una potencia de la Naturaleza desatada, en entera libertad, que lo llena todo. Es el Renacimiento naciendo incontenible con bríos de eternidad. Rafael, más delicado, da a sus producciones una gracia más depurada, y Vinci, más sabio, imprime a su obra cierto perfume enigmático, algo

de la imprecisión del que no dice todo lo que sabe, porque se da cuenta de que no ha de ser comprendido.

De todos modos, el Renacimiento, con su poderosa inclinación al libre examen y a la liberación del hombre de la tiranía del dogma, se ve perfectamente simbolizado en la obra de sus artistas más preclaros.

No es preciso abundar más ni recurrir a otros argumentos para demostrar que el ambiente se refleja en la obra de Arte y que el artista se produce de conformidad con las corrientes generales de la época en que vive.

Naturalmente, si el ambiente influye poderosamente en el Arte, éste influye también y no en escasa medida en la formación del ambiente. Se comprende sin esfuerzo.

La cualidad saliente del artista es la sensibilidad. Los materiales que necesita para su obra se los da hechos el ambiente en que vive, pero al par ha de sentirse frecuentemente conmovido ante las injusticias y los dolores que azotan a la Humanidad de su tiempo. Si no tiene el necesario atrevimiento, la audacia ciega que induce al heroísmo, es posible que su protesta no se haga sentir, mas en sus producciones se verá esa amargura hábilmente reflejada y atisbos de algo que puede llegar a ser. Aun no haciendo esto, limitándose sencillamente a copiar lo que él ve de imperfecto en la sociedad en que vive, hace lo suficiente para generalizar el odio hacia lo feo e imperfecto. Y eso es precisamente estimular a la mayoría a la actuación fecunda que tiende a modificar lo modificable y a perfeccionar lo perfectible. De esa manera, siendo una hechura de su medio, estático y dinámico, es al mismo tiempo un forjador de un medio nuevo.

Lo mismo puede decirse del Arte de la revolución y del Arte revolucionario.

En mi criterio, el contenido expresivo de la voz revolución abarca un sentido amplísimo. No se hace revolución batiéndose en las calles con heroísmo y bravura. El momento admirable en que las muchedumbres, cansadas de soportar injusticias, se lanzan a la calle y se lo juegan todo para posibilitar un cambio en las condiciones del contrato social, es un episodio interesantísimo de la revolución, pero no es la revolución misma. Para que ésta se complete es necesario que el precursor lance la idea, que ésta geste en la colectividad y que mediante la absorción o la destrucción de los que representan el pasado, cristalice en realidades vivas en la sociedad. Sólo así se ha verificado una revolución y ésta abarca un período de tiempo muy superior al que suele tener de duración la lucha en las calles y representa un proceso evolutivo sumamente delicado y complejo.

Aplicando este criterio al Arte, hallaremos que el artista puede hacer obra revolucionaria sin hacer uso de la violencia que a veces desembaraza el camino que la colectividad ha

de seguir. Revolución es creación, parto, concreción de cosas nuevas. Un hombre que se bate en las barricadas porque ha sentido dentro de sí la llamada misteriosa que en determinados momentos de nuestra existencia nos induce a exponer la vida para lograr un objetivo apenas entrevisto, puede haber sido toda su vida un ente pacífico, de una mansedumbre extraordinaria. Del mismo modo un individuo que toda su vida la invirtió en llevar al ánimo de sus coetáneos la convicción de que debía prodigarse para lograr una existencia más digna, hace revolución aunque no se juegue la vida con un fusil en la mano en el momento de la convulsión que con sus prédicas ha contribuido a producir.

Artistas revolucionarios no tienen todos condiciones para serlo.

No puede competir el gorrión con el águila ni la tortuga con el galgo. Se puede hacer Arte de la revolución y hacer obra contrarrevolucionaria, que no es lo mismo el Arte de la revolución que el Arte revolucionario.

Interesa presentar sobre esto algunos ejemplos. Todos vosotros habréis leído, seguramente, "La Historia de los Girondinos", de Lamartine. En esa historia, así como Michelet filosofa sobre la Revolución francesa, Lamartine la canta. El estilo es precioso, bien cuidado, admirable. Yo me aficioné a los estudios históricos leyendo precisamente esa obra del delicado poeta francés. Pues bien, quien no tenga sentimientos revolucionarios muy acusados, una vez leída con detenimiento la obra de Lamartine, se sentirá enemigo de la revolución. Está bien reflejada la gran epopeya. Sus cuadros, ricos en color, dan la sensación de cosa vivida. Pero cuando se describe la época del terror, el ánimo se sobrecoge, de tal modo se han acusado las tintas, que uno se siente desfavorablemente impresionado y ha de repetirse a sí mismo muchas veces que la revolución es un parto y como tal ha de producir desgarraduras, dolor y sangre, para no sentirse ganado por la repugnancia hacia la revolución.

El mismo fenómeno se produce en algunas novelas de Alejandro Dumas que hablan de aspectos de la misma Revolución.

Es que se puede hacer obra contrarrevolucionaria haciendo Arte de la revolución. Es lo que sucede en estos casos concretos, que podríamos multiplicar hasta la infinito.

Arte de la revolución es el que presenta a lo vivo escenas mejor o peor logradas de esas convulsiones sociales que de vez en cuando alteran la monotonía de los paisajes de la Historia. No se necesitan especiales condiciones para eso. Basta que el artista se sume a la corriente, se sienta vibrar al unísono de su tiempo. Presentar al Pueblo que irrumpe e invade las calles espejeantes de luz con sus harapos y sus miserias y vuelca su odio hecho llamas sobre los que de

siempre fueron sus naturales enemigos, es hacer Arte de la revolución. El Arte revolucionario es una cosa muy distinta. Para hacer Arte de la revolución, basta que el artista se mantenga fiel a su misión. Es decir, que copie su época y la proyecte con fidelidad. Para hacer Arte revolucionario se necesita algo más, algo que no está al alcance de todas las capacidades.

El artista revolucionario no cultiva de ningún modo la estridencia, ni lo truculento, ni la salida de tonos. Con frecuencia, ni siquiera se propone deliberadamente revolucionar nada. Se halla estrecho en el marco en que la mayoría se mueve holgadamente, y se esfuerza por ensancharlo. Los moldes usuales son insuficientes para contener los valores que siente latir en sí y pugna por romperlos o por crear moldes nuevos. Entonces hace Arte revolucionario, porque va contra las formas consagradas y porque crea formas nuevas.

Arte de la revolución han hecho numerosos artistas. Lope de Vega, en su drama "Fuenteovejuna", hace Arte de la revolución, porque copia el momento magnífico en que un pueblo se alza contra la tiranía y venga en un momento numerosas injusticias que hasta entonces soportó pasivamente, sin tan siquiera atreverse a formular una tímida queja. Beethoven, con su música subjetiva, tan expresiva y tan profundamente humana, hace Arte revolucionario. Sus composiciones tienen suficiente aliento para dar nacimiento a una nueva escuela y su estilo personal, tan vigoroso y emotivo, inicia una época nueva en la música. Ibsen es un revolucionario también. Al iniciar lo que se ha dado en llamar teatro de las ideas, no sólo es un reformador del Arte dramático universal, sino que es, al mismo tiempo, el creador de una nueva estética. Buscando ejemplos más lejanos, el mismo Cervantes, en su obra cumbre "El Quijote", popular en todas las literaturas, se muestra también revolucionario. Su obra quiso parecer una sátira muy bien lograda contra los libros de caballería, tan en boga en sus tiempos, pero es al par, y de modo bien señalado, la descripción del alma de la raza, simbolizada magistralmente en las dos figuras centrales: Don Quijote y Sancho Panza. Obra revolucionaria hace también Miguel Angel cuando rompe con todas las normas establecidas para expresarse en su propio tono. Su grupo "La Piedad", en el cual aparece María mucho más joven que su hijo Jesús, es una revelación de ello. En María quiso expresar el símbolo de la Madre en abstracto, que no envejece, que es lo permanente, lo eterno, en tanto que en Jesús presenta lo transitorio, lo que es por esencia y por potencia limitado. En el grupo de los esclavos que talló en bajo relieve para un motivo decorativo del mausoleo de Lorenzo de Médicis, destaca aún mejor su cualidad revolucionaria. Esos esclavos, con su expresión de dolor infinito, simbolizan el trágico destino del

hombre. Ambos aparecen encadenados. Los dos tienen una expresión vigorosa de sufrimiento. Pero en tanto uno se resigna y parece esperar la liberación de la benignidad de los dioses, a los cuales ruega y en los cuales confía, el otro lo espera todo del propio esfuerzo, no confía en nadie, lucha y forcejea para liberarse a sí mismo, consciente del poder de la suprema voluntad del hombre. Las mismas figuras del "Juicio Final", de la Sixtina, son todas revolucionarias. Son figuras arrancadas a la mitología cristiana; mas esas figuras llevan el aliento vigoroso y el poder demoníaco de su creador. Aquello es como un edificio magnífico de traza y ejecución, que tuviera una puerta a la luz y otra a la sombra. Es el genio creando un cielo a su manera y presentado ese cielo como él lo concibe, aunque a veces se salga de los límites estrechos del dogma. El mismo Molière, el creador de la comedia francesa, hace Arte revolucionario. Desde el momento que lleva a la escena, en sátiras llenas de contenido humano, la realidad ambiente e impone a sus actores el deber de declamar con naturalidad, sin énfasis ridículo, no sólo transforma el Arte del dramaturgo, sino también el Arte del intérprete.

No es preciso que el partido se enrole en un partido de izquierda y se exprese en un tono agresivo y detonante para que haga Arte revolucionario. La revolución no se hace en las palabras, sino en el concepto. En este sentido, todos los escritores rusos dignos de mención han sido revolucionarios. En ellos se da el fenómeno que venimos haciendo resaltar a través de esta conferencia, de la fidelidad del artista hacia su época y, a la vez, de su inquietud creadora y de sus esfuerzos para contribuir a su transformación.

No podía ser tampoco de otro modo. En la Rusia de los zares, el pensamiento yacía aletargado. No era permitido pensar ni se perdonaba al que demostrara tener sentimientos. La sensibilidad y la capacidad intelectiva se pagaban bastante caras en el inmenso Imperio que durante siglos estuvo dominado por bárbaros y vesánicos ensoberbecidos. En ese ambiente de asfixia, el artista no tenía más remedio que producirse revolucionariamente, aun sin querer. Bastaba que reflejara con fidelidad la ignominia del vivir de su Pueblo, para que su obra ofreciera un carácter absolutamente subversivo. Por eso la policía del zar vigilaba con tan cuidadoso celo a los intelectuales, y por eso también no hay un solo verdadero artista que no haya probado las "dulzuras" de la cárcel, de la deportación o del destierro voluntario. Dostoiewski, Andreiew, Gorki, Tolstoi, Puschkin. Todos los que han hecho obra destacada y señera, supieron cómo las gastaba el déspota en la inmensa cárcel y en el inmenso calabozo de tortura que era el Imperio.

En todos los pueblos de la tierra y en todas las épocas,

el artista auténtico, espoleado por su sensibilidad, se ha visto obligado a hacer Arte revolucionario. No importa que haya vivido en los palacios y que haya sido una especie de lacayo de los poderosos. A pesar de todo, cuando ha hecho verdadera labor de creación, ésta ha resultado revolucionaria en todos los sentidos. ¿Acaso pintar con fidelidad las miserias del mundo burgués retratando sus tipos representativos, no es hacer obra revolucionaria? Quien descubre y describe una llaga purulenta y repulsiva, hace bastante en el sentido de procurar su cauterización.

Sí. Hay esa diferencia entre el Arte de la revolución y el Arte revolucionario. El primero copia sólo escenas de la vida del Pueblo que en la calle escribe con su sangre páginas admirables de la historia de la liberación humana. El segundo induce a esa liberación arrojando en el corazón del hombre la semilla de épocas nuevas. El uno copia y el otro crea. El primero prepara documentos para la Historia y el segundo imprime a la civilización directrices nuevas.

En esto sucede lo mismo que en lo referente a la literatura de guerra. Todos tenéis conocimiento de lo que se ha escrito después de la Gran Guerra. Valores nuevos y firmas conocidas ya de antes, lanzaron a la publicidad novelas en las cuales se presentaba con realismo impresionante la vida de las trincheras y de los campos de concentración de prisioneros. No se puede decir que esas obras no llenaran un objetivo inmediato: el de recoger una inquietud ambiente. Sin embargo, la mayoría de esas obras no eran otra cosa que diarios de la campaña escritos por soldados que no toman partido contra el gran crimen o la gran majadería por la guerra representados. Se limitan a ofrecer una descripción más o menos arbitraria de la guerra moderna. En cambio, Romain Rolland, que se negó a empuñar el fusil, haciendo honor a su credo de pacifista militante, escribió "El alma encantada", esa magnífica novela que es un alegato formidable contra la barbarie guerrera, compuesto por el escritor más grande de Francia y conocido y admirado por todo el Mundo. Rolland es un escritor revolucionario, aunque no milite en las filas de los partidos de extrema izquierda, y describiendo los vicios sociales hace más labor revolucionaria que todos los demagogos juntos con sus catilinarias encendidas y detonantes.

Literatura de guerra es la de Remarque y la de Rolland y Barbusse. Pero el primero hace sólo unas estampas de la vida horrible de campaña, en tanto que los segundos sublevan a la conciencia universal contra el tremendo crimen que es la guerra. Es la misma diferencia que ya hemos señalado entre el Arte de la revolución y el Arte revolucionario.

Si buscamos en la Pintura la confirmación de ese mismo fenómeno, no nos será muy difícil lograrlo. Y eso que la

Pintura y la Escultura, más sujetas a las imposiciones de la moda, tienen menos facilidad de expresión. No obstante, nadie puede dudar que en este sentido Goya fué un revolucionario auténtico. No adula a nadie con el pincel. Al contrario. Es tan objetivo, que al copiar motivos de la rèalidad ambiente, sus cuadros parecen sátiras y realmente lo son. Pinta a reyes y grandes señores; pero los pinta tal cual él los ve, sin retocar y sin lisonjear. El mismo "Greco" que pinta santos y caballeros en un ambiente profundamente religioso, tiene más de un tropiezo con la Inquisición, porque sus cuadros carecen de religiosidad, son secos y fríos, no dicen nada al creyente, que ve en ellos hombres o mujeres a los cuales no puede rezar con la rendida devoción que la Iglesia pide.

En la actualidad, y en España, estamos viviendo unos momentos interesantísimos. Se está operando una Revolución formidable en nuestro suelo. Los artistas, dejándose llevar del soberbio aquilón de la revuelta, tratan de captar el momento y producir algo de honda significación. Es la época del cartel, porque el cartel es el grito. A pesar de todo, y quizá porque aún es pronto y porque la situación no propicia el reposo espiritual necesario para la realización de toda obra de envergadura, aún no ha surgido el artista de la Revolución. Artistas revolucionarios, sí tenemos. Yo precisamente os voy a hablar de uno cuya obra conozco bien. Me refiero al joven pintor valenciano Borrás Casanovas.

La primera vez que yo fuí al estudio de este pintor, quedé sinceramente admirado. Al principio me pareció un artista que tenía inquietudes, pero que no sabía pintar. La mayoría de sus cuadros, muy expresivos por cierto, me parecían muñecos desproporcionados, pobres de color e imperfectos de línea. Pronto hube de rectificar. Me mostró figuras de una perfección anatómica bien lograda y de una pureza de color admirable, debidas a su pincel, y copias de cuadros de Rafael perfectamente conseguidas. Entonces comprendí que no sólo domina la técnica, el color y el dibujo, sino que es un pintor de cuerpo entero. Lo desmañado de sus figuras, de algunas de sus figuras, responde a su rebeldía contra la técnica. El desea expresarse en su propio tono. Lo que tiene que decir requiere un acento nuevo y ha tenido necesidad de creárselo.

Como retratista es una cosa extraordinaria. Vosotros conoceréis la reproducción fotográfica de un retrato de Bakunín que publicó "Tierra y Libertad" y que equivocadamente atribuía a Borrás d'Agramunt. En ese cuadro, Bakunín se halla retratado por dentro y por fuera. No cabe duda que aquella cara cuyos músculos parecen hechos con arcilla plástica, es la misma cara de Bakunín, vigorizada por el pintor. El retrato está bien hecho. Pero si no fuera nada más que eso, no valdría la pena mencionarle. Mejor que el pintor pue-

de hacerlo la máquina fotográfica. El mérito del cuadro está en la interpretación justa que el artista ha hecho del tipo. Aquel tipo es Bakunín. Un Bakunín visto por dentro y por fuera. Su cara, su frente, aquel corpachón de gigante, aquellos puños de Hércules, toda aquella figura vigorosa que escapa del cuadro y se apodera en el acto del ánimo del contemplador, corresponde exactamente a la idea que, a través de su obra, nos hemos forjado del propulsor del Anarquismo en Europa. Se ve en seguida que aquel coloso escapó varias veces de Siberia y cruzó solo, dando pruebas de una energía extraordinaria, el desierto helado de Siberia y que está animado por una poderosa fuerza interior que es puro fuego. Sus manos tienen una expresión desusada. La que toma la pluma, no la toma, la empuña. El puño cerrado que sujeta el papel sobre el cual escribe, es una maza que no sujeta, aprisiona. Da la sensación de que no está escribiendo, sino forjando. Su pensamiento es lava encendida y se espera de un momento a otro que el papel sobre el cual lo va vertiendo empiece a arder en llamas vivas.

Por contraste, en el retrato del mismo tamaño que ha hecho de Carlos Marx, la técnica varía. Predominan los tonos acerados, así como en el otro sobresalen los terrosos. En Bakunín revela todo profundo desorden. Sus ropas se hallan arrugadas de modo inverosímil. Los libros que se apilan en los estantes del fondo están apilados de cualquier manera. Las cuartillas se ven arrugadas, con las puntas dobladas. Se advierte en todo el cuadro un desorden caótico, pero en medio de ese caos se nota el latido de la creación. En el de Marx, todo es pulcro y ordenado. Sin presentarlo como un verdadero "gentlemen", tiene el atildamiento propio de la persona metódica y ordenada. Los libros se alinean en los estantes de una manera simétrica. Todo, en el cuadro, desde la serenidad impasible que se refleja en el semblante del retrato hasta los menores detalles accesorios, revela el orden, el sistema frío, la metodología, el análisis que caracterizan la obra del autor de "El Capital". El uno, Bakunín, es la tempestad, el otro el sistema. El primero es la pasión incontenible, el segundo el cálculo frío y reposado que tiene en cuenta todos los factores. No se puede negar que el espíritu de los dos grandes hombres se halla perfectamente reflejado en estos lienzos de Borrás. No es difícil de lograr tal propósito en un pintor de los méritos de este muchacho. No es difícil cuando se conoce bien la obra de ambos. Lo admirable, es que Borrás no ha tenido ni tiempo ni ocasión de leer nada de estos dos hombres. Ha visto algunos retratos. Le han dado referencias de lo que cada uno significó, y ello le ha bastado para realizar estas dos obras maestras.

En sus composiciones, muy admirables por cierto, se nota la misma visión certera. Sus cuadros del burdel, extraor-

dinariamente expresivos, no sólo inspiran repulsión hacia el prostíbulo, sino que hacen sentir una piedad infinita hacia las pobres hembras que se ven reducidas a la triste condición de comerciantes de caricias, de pobres bestias de placer que, empujadas por las imperfecciones de la sociedad burguesa y por la garra de la miseria, cayeron en la odiosa sima en cuyo fondo oculta el lodo maloliente las agudas espinas del dolor.

Acaso estén sus cuadros excesivamente cargados de motivos. Se nota en él un gran apresuramiento, inquietud creadora, prisa por expresar la riqueza de ideas de que está provisto. Esto no lo señalamos como un defecto. Sin embargo, si lograra esquematizar, sintetizar más, mejor dicho, sus cuadros ganarían mucho en mérito estático.

Tiene dos composiciones de las que no quiero dejar de hablar, ya que me he salido de mi propósito de no nombrar artistas vivos. La una representa dos muchachos, varón y hembra, que se hallan en el umbral de la juventud. Aún no ha despertado en ellos la pubertad. Gozosos juegan sobre la fresca hierba de un vallecillo. Se revuelcan. Miran correr las aguas de un riachuelo que serpea por entre el fleco de esmeralda de la alta hierba. De repente, se han quedado quietos, como sobrecogidos por un secreto espanto. La mirada de ambos se clava angustiosa en la lejanía. Se nota en ellos un sentimiento confuso, mezcla de incomprensión y de vergüenza. En las pupilas de ella se nota como un chispazo de conciencia. No sabe a punto fijo de qué naturaleza son las emociones que la agitan mientras acaricia el brazo de su compañero, pero presiente lo que significa el curioso fenómeno. Se ve que comprende mejor que él lo que se agita en aquel momento en su interior. Es el sexo que despierta, y ella casi lo sabe. No así él que, con los ojos muy abiertos, como interrogando a lo infinito, se siente profundamente inquieto y no sabe si llorar o reír. Su cara aniñada dibuja ya como un gesto protector hacia la hembra, pero no sería extraño que empezara otra vez a jugar pasado el primer relampagazo de esta lumbrarada. Más segura de sí misma ella, diríase que tiene conciencia clara del inmenso poder que se levanta en ella y que tan seriamente subyuga a su compañero de juego.

No hace falta preguntar al pintor qué es lo que se propuso expresar en ese magnífico cuadro. Sin preguntar, el más lerdo se da cuenta de que allí vibra enérgico el poema sinfónico del despertar de la sexualidad.

El otro cuadro representa a una madre joven amamantando a su hijo. El pequeño es uno de esos muñecos característicos de Borrás y ella, sin ser una belleza, no es tampoco una figura enteramente descuidada. El pequeñuelo, prendido al pecho de la madre, juguetea. Ella, con la mira-

da perdida en el vacío, expresa en el rostro un placer que no tiene nada que ver con el placer que a toda madre inspira la contemplación de su pequeño. Un placer puramente sexual, que sólo comprendería el biólogo, el médico o la madre.

Yo pensé en seguida que Borrás estaba influído por Freud. Tanto el cuadro descrito anteriormente como éste de la madre, son netamente freudianos. Mi sorpresa subió de punto cuando me enteré de que no conocía siquiera el nombre del famoso creador del psicoanálisis.

Un intuitivo genial. Eso es en síntesis Borrás Casanovas. Por eso puede y debe catalogársele entre los verdaderos artistas revolucionarios. Sus mismos cuadros de la Revolución son revolucionarios. Sus composiciones sobre los fusilamientos de octubre en Asturias, son algo de un patetismo insuperable y al mismo tiempo estudios prodigiosos de caracteres fuertemente acusados. La materia se anima bajo los mágicos pinceles de este pintor joven y laborioso que puede presentar ya una obra tan copiosa como significativa.

Todavía deseo destacar un aspecto más del Arte: el aspecto social.

La misión social del Arte no sería preciso destacarla si no se hubiera falseado tanto el Arte. No hablamos así porque concedamos a la sociología más atención que a cualquier otro aspecto de la humana actividad. Nos atenemos a la observación directa y nos producimos de conformidad con una convicción robusta que se ha formado a base de experiencias.

No hay Arte fuera del Pueblo. En Música, por ejemplo, para crear una obra que tenga positivo valor, ha de fundamentarse sobre la base de la lírica popular. Los más grandes músicos han reconocido esta gran verdad y han procurado beber la inspiración en el alma del Pueblo. Así, lo más delicado de Schubert y lo más emotivo, son sus "lierds" armoniosos y saturados de melodías. Beethoven destaca sobremanera cuando se inspira en motivos populares. Bach, Mozart, Chopin, todos los grandes poetas del sonido, han hecho lo propio. Para crear una música valedera han tenido que consultar el alma del Pueblo e interpretarla con fidelidad.

En la Pintura sucede lo mismo. Lo que queda del pintor célebre es precisamente aquello que arranca del Pueblo mismo, porque ello es lo único que tiene vigor de eternidad. No quiero decir que la Música y la Pintura, como todas las demás manifestaciones estéticas deban ser populacheras, sino populares, que no es lo mismo, como no es lo mismo el populacho que el Pueblo.

En literatura no digamos. Literato que no se inspira en

las realidades sociales difícilmente podrá crear nada que valga la pena. No es indispensable, ni siquiera necesario, que haga literatura demagógica. Basta con que descienda hasta el Pueblo e interprete lo que vibra en su alma compleja y polifacética. No para hacer literatura, sino para describir la vida con todas sus fealdades y manchas e inducir a la mayoría a mejorarla.

En este sentido hicieron obra social casi todos los grandes escritores de todos los tiempos y bajo todas las latitudes. No siempre con acierto, claro está, que no acierta quien quiere.

La misión social del Arte es la de superar la vida superando o procurando superar al hombre. Si es cierto que el artista debe estar dotado de una hipersensibilidad grande, no es posible que pueda vivir en una sociedad como la que soportamos sin que sus nervios se desquicien. Componer frases bellas, hacer pirotecnias, fuego de artificio con las palabras, podrá parecer bonito y serlo realmente. Pero eso no es nada más que espuma. El artista ha de ser un obrero y un combatiente. Con la pluma, con el buril, con el cincel o con los pinceles ha de realizar un trabajo necesario y útil. Mientras haya injusticias que combatir y errores que subsanar, su verbo ha de ser clarín de guerra y la pluma o el cincel han de convertirse en arma de combate. Tan difícil es crear obra de belleza en un Mundo tan mal organizado, como lograr que abran las flores el fastuoso cromatismo de su corola en las calcinadas arenas del desierto. Hay que trabajar para crear un ambiente propicio a la belleza, y eso es misión del artista que verdaderamente merezca tal apelativo.

De otra parte, no es posible sentar plaza de individuo medianamente sensible y entonar himnos al sol o componer endechas líricas al claro de luna, en tanto la Humanidad sufre y llora. No se puede presentar a la mujer como vaso de amor y cantar las excelencias del amor materno y silenciar que ese vaso de amor es en el prostíbulo el recipiente de todas las inmundicias y que esa madre es víctima de la desesperación producida por la miseria. Para demostrar los quilates de la sensibilidad de que alardea el artista, es necesario de todo punto que éste se sume a la brega, se sienta vibrar en el torrente de la vida, sea una nota más que agregue su protesta encendida a la protesta de los que luchan por un porvenir más humano y más digno.

Misión social del Arte es señalar caminos nuevos e iluminarlos con torrentadas de luz. No tiene objeto empeñarse en crear obra de belleza en un Mundo en el cual únicamente el odio vibra con sonoridades vigorosas y donde la injusticia es una especie de quiste maligno que todos estamos en el deber de contribuir a extirpar.

El artista ha de pintar su época, dejar documentos vivos de la forma de vivir en su tiempo y pruebas de su contribución personal al mejoramiento positivo de esa forma de vivir.

Trabajar para superar al hombre y para embellecer la vida. He ahí la misión del artista. Copiando con fidelidad los vicios y las miserias de su tiempo, no hará poco si al par procura señalar un medio para corregir esos vicios y esas injusticias.

Lo mismo puede decirse del Arte en la revolución. En la revolución como en tiempos normales, el artista tiene su misión a cumplir. No vive fuera de su época. Cuanto afecta a los hombres de su tiempo, afecta a él igualmente, y tiene el deber de sumar su esfuerzo al de los demás para posibilitar el mejoramiento de todos.

En la revolución debe electrizar a las multitudes para empujarlas hacia el futuro. Llevar su voz de aliento a todos los rincones. Hacer que penetre en todos los pechos el rayito de luz de una esperanza. Laborar por levantar el ánimo de quien se desaliente y decaiga en la dura lucha.

Arte de la revolución y Arte revolucionario. Arte social y Arte en la revolución. En cada momento una misión. Lo que importa es que esta misión se comprenda y se desee cumplirla. No falta faena. En esta hora suprema en la cual venimos forjando con dolor y angustia, pero también con fervoroso entusiasmo una era nueva, es necesario el concurso de todos los hombres de buena voluntad. Necesitamos a nuestro lado al artista. El puede contribuir a suavizar las asperezas de los que nunca tuvimos ocasión ni oportunidad de conducirnos suavemente. El puede lograr que el Mundo que nace sea bello y sea fuerte. El puede colaborar eficazmente para que esta guerra sea la última.

Termino. El Arte por cuanto es una voz que directamente influye en la orientación de la sensibilidad de las multitudes, debe estar al lado del Pueblo. El artista que se precie en algo, debe situarse al lado de los que pugnan por crear un Mundo mejor y ha de estar por consiguiente al lado de la Revolución. Nosotros, que tenemos del artista un concepto elevado, le decimos desde aquí que necesitamos su concurso. Creemos que vendrá a nosotros, porque le suponemos auténtica generosidad. Si nos equivocáramos, tanto peor. De todos modos, del seno de esa multitud que hoy se bate heroicamente contra las hordas del fascio y en pro de la Libertad de todos los pueblos, nacerán artistas que tengan alientos para crear el Arte nuevo que la época necesita y que debe estar en relación con el esfuerzo creador que todo el Pueblo viene realizando.

Nada más.

Precio: 15 Cts.